

Creí, por eso amé

Tienes en tus manos un nuevo número de la revista Testimonio. Gracias por leerla. Es la mejor retribución que le puedes hacer a nuestro trabajo.

Este número tiene como objetivo ayudar a las religiosas y a los religiosos de hoy a asumir el desafío de ser un-a creyente y proponer la vida consagrada como escuela de creyentes y memoria creyente de Jesús.

Grandes creyentes de la época bíblica, de la historia de la Iglesia y de la vida consagrada, de ayer y de hoy, son para nosotros, en este momento de la historia que nos toca protagonizar, un paradigma en el seguimiento de Jesús. Tenemos una gran nube de testigos que han vivido su opción creyente en Jesús de Nazaret con radicalidad por el camino del amor sin medida, único camino que hace creíble nuestra fe. “Aunque mi fe fuera tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy” 1Co 13, 2.

Entre muchos paradigmas, opto por recordar la figura de Pablo de Tarso. La experiencia que él vive en el camino de Damasco no es fundamentalmente de conversión sino de revelación. Frente a la Ley de Moisés, él era irreprochable. Lo que Pablo experimenta en ese momento es que la Ley no salva. Se le revela el amor incondicional y liberador de Cristo. Por eso, en Jesús pone toda su fe y su confianza. Y por Él lo arriesga todo. Así lo expresa: “ahora, en mi vida terrena, vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”. Gal 2,20. Ahora que cree en Jesús, se da cuenta de que lo que lo salva y redime es el amor. Sabe que la fe sin amor es fuente de fanatismo. Y desde su experiencia creyente brota el himno al amor. Fe y amor caminan juntos.

Nietzsche proclamó y decretó la muerte de Dios, noticia que encontró eco en muchos que han adherido a esta afirmación. En estas circunstancias, nosotros encontramos una oportunidad para saber dar razón de nuestra

fe y de nuestra esperanza. Estamos insertos en un mundo plural en sus opciones y expresiones creyentes o espirituales. Es una oportunidad para mostrar el rostro auténtico de Dios y derribar las caricaturas que tantas veces hemos fabricado y predicado.

Creemos que Dios es todo amoroso porque es Padre-Madre. Su corazón está lleno de misericordia, de ternura y de bondad sin límites. Él es toda comunión de personas distintas y comunicación de sus proyectos salvadores y liberados para vivir en la paz y en la justicia. Nos ha hablado y nos ha amado en su Hijo predilecto. Creemos en Jesús de Nazaret, el Buen Pastor, que amó hasta dar la vida. La Pasión de Cristo es la Pasión por la vida, por la humanidad. Creer en el Crucificado-Resucitado es proclamar que la muerte no tiene la última palabra. En Él han vencido el amor y la vida. Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de la vida, que hace fecunda y actual nuestra fe, fortaleciendo nuestra fragilidad como testigos del Evangelio del amor.

Por nuestra fe cristiana, reconocemos que el ser humano es imagen y semejanza de Dios. Confesamos que los seres humanos somos relatos de Dios-Familia, de Dios-Comunidad, de Dios-Diálogo. Por lo tanto, la fe cristiana no se puede vivir sin una comunidad de creyentes, sin una comunidad de referencia, sin una comunidad de vida. De Jesús hemos aprendido que los discípulos y discípulas viven y conviven, se forman y transforman en la comunidad. Esta es escuela de la fe y del amor, del servicio y de la solidaridad donde se aprende a amar en libertad y alegría de corazón.

Para vivir este proceso de la fe al amor, cada uno de los autores de los artículos y de las experiencias, que encontrarás en este número de Testimonio, hace su propio aporte para invitarnos a vivir el itinerario de la fe como experiencia personal y comunitaria. De esta experiencia creyente es urgente dar testimonio por el amor fraterno.

La opción creyente cristiana nos impulsa a ser fermento en la masa, levadura nueva en los diferentes escenarios y nuevos areópagos en los que estamos insertos como vida consagrada.

Esperamos los cielos nuevos y la tierra nueva. Mientras peregrinamos queremos mantener viva y encendida la antorcha de la fe para caminar por la senda que nos abrió Cristo, luz del mundo. Queremos ser vida consagrada en salida hacia las nuevas periferias existenciales para mostrarles que Dios-Amor no se olvida de sus hijos e hijas.

Amamos al Dios de Jesucristo en quien creemos; amamos a los hermanos y hermanas, en quienes, por la fe, descubrimos el rostro vivo de Cristo. Amamos al mundo, como lo amó Jesús, porque creemos que este mundo puede cambiar con la fuerza transformadora de las Bienaventuranzas.

La vida consagrada, como don del Espíritu para la Iglesia y para el mundo, está llamada y desafiada a ser “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos”. VC 22. Esta memoria, además de ser viviente, es también creyente y ¡ojalá! creíble. Este sueño puede ser una hermosa realidad si ama como Jesús amó, si vive como Jesús vivió.

Peregrinamos en la fe con los ojos fijos en Jesús, con los brazos abiertos y las manos disponibles para acoger y sanar, los corazones heridos con el bálsamo de la misericordia, con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.